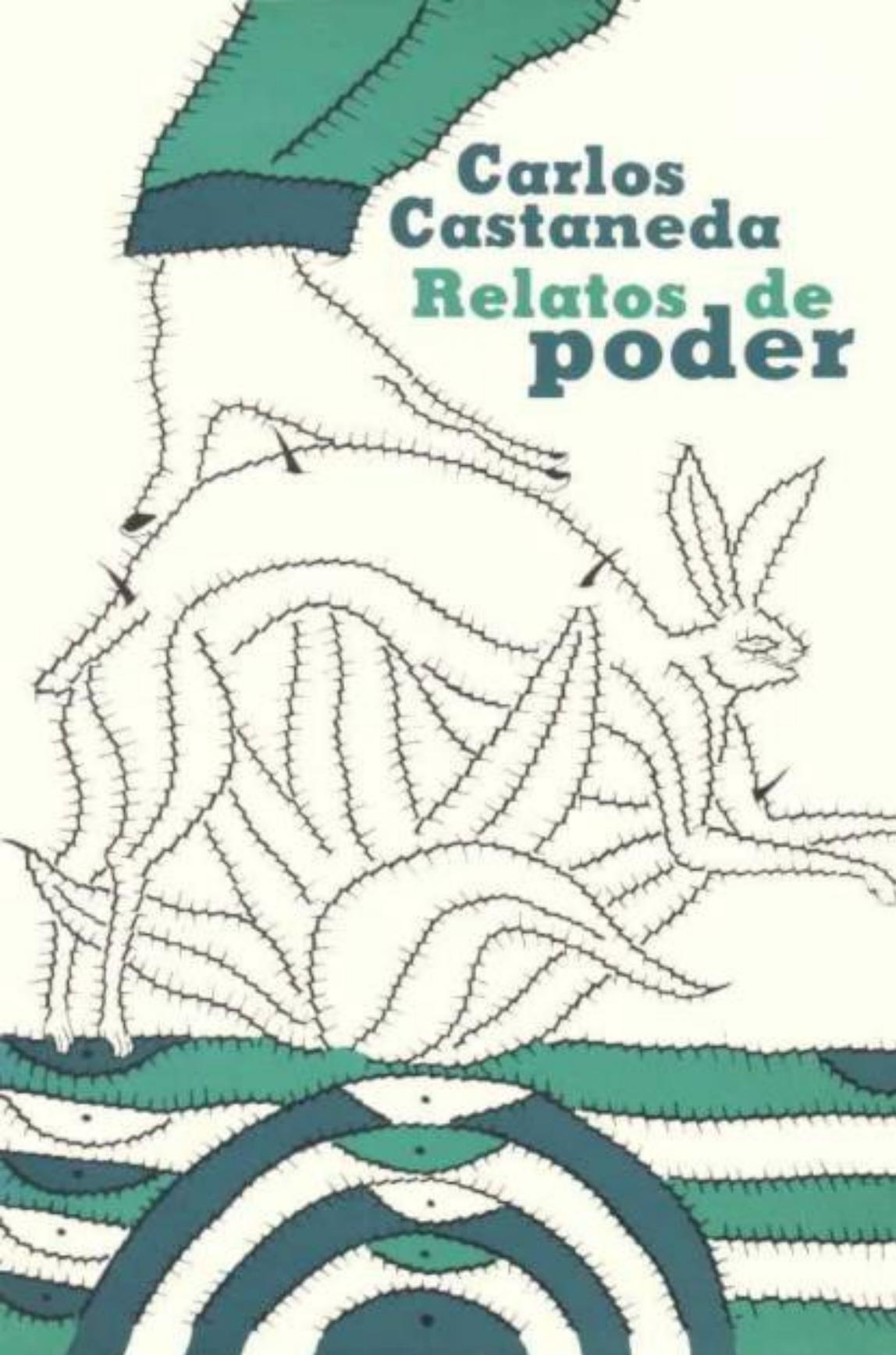


**Carlos
Castaneda**
**Relatos de
poder**



La relación de las últimas «enseñanzas de don Juan» cierra impecablemente el ciclo iniciado con el libro de ese título y proseguido en *Una realidad aparte* y *Viaje a Ixtlán*.

Las lecciones de brujería y la obra que las narra llevan aquí sus postulados a la conclusión natural: los misterios del conocimiento secreto se disipan como la bruma en el acto mismo de cobrar concreción definitiva; una acumulación de poder personal resulta en la despersonalización del poder y todos los prodigios se funden en el único prodigio de la vida terrena.

Puede advertirse el paralelismo entre la iniciación guerrera que Castaneda ha cursado y la «disciplina sin doctrina» del Zen, y no son menos claras las diferencias de tono y humor, es decir, civilización.

Sabiduría bárbara, la de don Juan reaviva estructuras primitivas de la conciencia e inserta su realidad mágica en nuestro realismo convencional, no sólo produciendo fenómenos que contradicen las convenciones, sino a través del discurso articulado que postula todo un modelo del mundo.

Pero este encuentro de la cultura occidental con las raíces indígenas es, en primera instancia, una historia cautivante que fluye entre el asombro y la risa.

Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.

San Juan de la Cruz, «Dichos de luz y amor»

PRIMERA PARTE

UN TESTIGO DE ACTOS DE PODER

CITA CON EL CONOCIMIENTO

Llevaba yo varios meses sin ver a don Juan. Era el otoño de 1971. Tuve la certeza de que se encontraba en casa de don Genaro, en el México central, y realicé los preparativos necesarios para un viaje de seis o siete días. Al segundo día, obedeciendo a un impulso, me detuve al mediar la tarde en la casa de don Juan en Sonora. Estacioné el coche y caminé una corta distancia hasta la casa misma. Para mi sorpresa, lo encontré allí.

—¡Don Juan! No esperaba hallarlo aquí —dije.

Eché a reír, deleitado por mi asombro. Estaba sentado en un cajón de leche vacío, junto a la puerta delantera. Al parecer me aguardaba. Había un aire de hazaña cumplida en la desenvoltura con que me saludó. Quitándose el sombrero, lo agitó cómicamente en florido gesto. Se lo puso de nuevo y me hizo un saludo militar. Se hallaba reclinado en la pared, a horcajadas en el cajón como sobre una silla de montar.

—Siéntate, siéntate —dijo en tono jovial—. Qué gusto me da que estés otra vez por aquí.

—Ya me estaba yendo hasta Oaxaca a buscarlo, don Juan —dije—. Y luego habría tenido que regresar a Los ángeles. El hallarlo aquí me ahorra días y días de manejar.

—De todos modos me habrías encontrado —dijo él en tono misterioso—, pero digamos que me debes los seis días que hubieras tardado en llegar allá, días que deberías emplear en algo más interesante que andar correteando en tu carro.

Había algo cautivante en la sonrisa de don Juan. Su calidez era contagiosa.

—¿Y dónde están los instrumentos? —preguntó, haciendo un gesto de escribir a mano.

Le dije que los había dejado en el coche; él respondió que sin ellos me veía extraño y me hizo ir a traerlos.

—Acabo de escribir un libro —dije.

Fijó en mí una mirada larga y peculiar que me dio comezón en la boca del estómago. Era como si empujase mi parte media con un objeto suave. Sentí que me iba a poner mal, pero entonces don Juan miró para otro lado y recobré mi primera sensación de bienestar.

Quise hablar de mi libro, pero él indicó con un gesto que no quería oír nada sobre el tema. Sonrió. Desbordaba ligereza y encanto, e inmediatamente me envolvió en una larga conversación acerca de personas y de sucesos actuales. Al cabo de un buen rato logré por fin desviar la conversación hacia el tópico de mi interés. Empecé mencionando que, al revisar mis antiguas notas, me di cuenta de que él me había estado dando, desde el principio de nuestra asociación, una descripción detallada del mundo de los brujos. A la luz de lo que me dijo en aquellas etapas, comencé a poner en tela de juicio el papel de las plantas alucinógenas.

—¿Por qué me hizo usted tomar tantas veces esas plantas de poder? —pregunté.

Rió y musitó, en voz muy suave:

—Porque eres un idiota.

Lo oí perfectamente, pero quise cerciorarme y fingí no haber entendido.

—¿Cómo dijo? —inquirí.

—Tú sabes lo que dije —replicó, y se puso en pie.

Al pasar junto a mí me golpeó la cabeza con un dedo.

—Eres un poco lento —dijo—. Y no había otra forma de sacudirte.

—¿De modo que nada de eso era absolutamente necesario? —pregunté.

—Lo era, en tu caso. Pero hay otros tipos de gente que no parecen necesitarlas.

Se quedó parado junto a mí, la vista fija en la copa de los matorrales al lado izquierdo de su casa; luego volvió a sentarse y habló de Eligio, su otro aprendiz. Dijo que Eligio había tomado plantas psicotrópicas una sola vez desde el inicio del aprendizaje, pero no obstante se hallaba, quizás, incluso más adelantado que yo.

—Tener sensibilidad es una condición natural de cierta gente —dijo—. Tú no la tienes. Pero tampoco yo. A fin de cuentas, la sensibilidad importa muy poco.

—¿Qué es entonces lo que importa? —pregunté.

Pareció buscar una respuesta adecuada.

—Lo que importa es que un guerrero sea impecable —dijo al fin—. Pero eso es sólo una manera de decir las cosas, un modo de andarse por las ramas. Tú ya has terminado algunas tareas de brujería y creo que ya es hora de mencionar la fuente de todo lo que importa. Así pues, diré que lo importante para un guerrero es llegar a la totalidad de uno mismo.

—¿Qué es la totalidad de uno mismo, don Juan?

—Dije que nada más iba a mencionarla. Todavía quedan en tu vida muchos cabos sueltos que debes atar antes de que podamos hablar de la totalidad de uno mismo.

Con eso puso fin a la conversación. Hizo un ademán para callarme. Al parecer, había algo o alguien en la cercanía. Ladeó la cabeza hacia un lado, como para escuchar. Pude ver el blanco de sus ojos mientras enfocaban los arbustos más allá de la casa, hacia la izquierda. Escuchó atentamente unos momentos y luego se puso en pie, se acercó y me susurró al oído que debíamos dejar la casa y salir a un paseo.

—¿Algo anda mal? —pregunté, también en un susurro.

—No. Nada anda mal —dijo—. Todo anda bastante bien.

Me guió al chaparral desértico. Caminamos cosa de media hora y llegamos a una pequeña área circular libre de vegetación, un sitio de unos cuatro metros de diámetro donde el suelo rojizo estaba apisonado y perfectamente plano. No había, sin embargo, señas de que el espacio hubiera sido desmontado y aplanado con maquinaria. Don Juan se sentó en el centro, mirando al sureste. Señaló un sitio como a metro y medio de distancia y me pidió sentarme allí, dándole la cara.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —pregunté.

—Tenemos una cita aquí esta noche —respondió.

Escudriñó los alrededores con rápida mirada, girando sobre su eje hasta hallarse de nuevo mirando al sureste.

Sus movimientos me alarmaron. Le pregunté con quién teníamos cita.

—Con el conocimiento —repuso—. Digamos que el conocimiento anda merodeando por aquí.

No me dio oportunidad de pensar en su crítica respuesta. Rápidamente cambió el tema y en tono jovial me instó a portarme con naturalidad, es decir, a tomar notas y hablar como hubiéramos hecho en su casa.

Lo que más presionaba mi mente en esos instantes era la vívida sensación que, seis meses antes, tuve de «hablar» con un coyote. Ese evento significaba que por vez primera fui capaz de visualizar o aprisionar, con mis cinco sentidos y en total sobriedad, la descripción mágica del mundo: una descripción en que la comunicación a través de palabras con los animales era asunto rutinario.

—No vamos a ponernos a revivir ninguna experiencia de tal naturaleza —dijo don Juan al oír mi pregunta—. No es dable que le des tal atención a los hechos pasados. Podemos tocarlos, pero sólo como referencia.

—¿Por qué motivo, don Juan?

—Todavía no tienes suficiente poder personal para buscar la explicación de los brujos.

—¡Entonces hay una explicación de brujos!

—Claro. Los brujos son hombres. Somos criaturas del pensamiento. Buscamos aclaraciones.

—Yo tenía la impresión de que mi gran falla era buscar explicaciones.

—No. Tu falla es buscar explicaciones convenientes, explicaciones que se ajustan a ti y a tu mundo. Lo que no me gusta es que seas tan razonable. Un brujo también explica las cosas en su mundo, pero no es tan terco como tú.

—¿Cómo puedo llegar a la explicación de los brujos?

—Acumulando poder personal. El poder personal te hará deslizarte con gran facilidad y entrar en la explicación de los brujos. La explicación no es lo que, tú llamarías una explicación; sin embargo, aunque no aclara el mundo ni sus misterios, los hace menos pavorosos. Ésa debería ser la esencia de una explicación, pero no es eso lo que tú buscas. Tú andas detrás del reflejo de ti y tus ideas.

Perdí el impulso de hacer preguntas. Pero su sonrisa me invitaba a seguir hablando. Otro asunto de gran importancia para mí era su amigo don Genaro y el extraordinario efecto que sus acciones habían surtido en mí. Cada vez que entraba en contacto con él, experimentaba distorsiones sensoriales de lo más, extrañas.

Don Juan rió cuando planteé mi pregunta.

—Genaro es estupendo —dijo—. Pero no tiene sentido por ahora hablar de él ni de lo que te hace. Tampoco tienes suficiente poder personal para desenvolver ese tema. Espera a tenerlo, y entonces hablaremos.

—¿Y si nunca lo tengo?

—Si nunca lo tienes, nunca hablaremos.

—Al paso que voy, ¿tendré alguna vez el suficiente? —pregunté.

—De ti depende —respondió—. Yo te he dado toda la información necesaria. Ahora es responsabilidad tuya ganar suficiente poder personal para inclinar la balanza.

—Habla usted en metáforas —dije—. Hábleme claro. Dígame exactamente qué debo hacer. Si ya me lo dijo, di-

gamos que lo olvidé.

Don Juan chasqueó la lengua y se acostó, con los brazos detrás de la cabeza.

—Tú sabes exactamente lo que necesitas —dijo.

Respondí que a veces creía saberlo, pero que la mayor parte del tiempo carecía de confianza en mi mismo.

—Me temo que confundes las cosas —dijo—. La confianza de un guerrero no es la confianza del hombre común. El hombre común busca la certeza en los ojos del espectador y llama a eso confianza en sí mismo. El guerrero busca la impecabilidad en sus propios ojos y llama a eso humildad. El hombre común está enganchado a sus prójimos, mientras que el guerrero sólo depende de sí mismo. Andas en pos de lo imposible. Buscas la confianza del hombre común, cuando deberías buscar la humildad del guerrero. Hay una gran diferencia entre las dos. La confianza implica saber algo con certeza; la humildad implica ser impecable en los propios actos y sentimientos.

—He tratado de vivir de acuerdo con sus consejos —dije—. Tal vez no sea yo lo mejor, pero soy lo mejor de mí mismo. ¿Es eso impecabilidad?

—No. Debes ser aún mejor. Debes empujarte siempre más allá de tus límites.

—Pero eso sería una locura, don Juan. Nadie puede hacer eso.

—Muchas cosas que haces ahora te habrían parecido una locura hace diez años. Las cosas esas nunca cambiaron, pero sí cambió tu idea de ti mismo; lo que antes era imposible es ahora perfectamente posible, y a lo mejor el que logres cambiarte por completo es sólo cuestión de tiempo. En este asunto, el único camino posible para un guerrero es actuar directamente y sin reservas. Ya conoces el camino del guerrero lo suficiente para desenvolverte bastante bien; pero te salen al encuentro tus malas costumbres.

Comprendí a qué se refería.

—¿Cree usted que escribir es una de esas malas costumbres que debo cambiar? —pregunté—. ¿Debo destruir mi nuevo manuscrito?

No contestó. Se puso en pie y se volvió a mirar el borde del matorral.

Le conté que había recibido una cantidad de cartas en las que diversas personas me señalaban el error de escribir acerca de mi aprendizaje. Citaban como precedente el hecho de qué los maestros de las doctrinas esotéricas orientales exigían discreción absoluta con respecto a sus enseñanzas.

—Capaz si esos maestros tienen el vicio de ser maestros —dijo don Juan sin mirarme—. Yo no soy maestro. Yo soy solamente un guerrero. No sé en realidad qué es lo que uno siente como maestro.

—Pero quizás estoy revelando cosas que no debería, don Juan.

—No importa lo que uno revela ni lo que uno se guarda —dijo—. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, descansa en nuestro poder personal. Si tenemos suficiente, una palabra que se nos diga podría ser suficiente para cambiar el curso de nuestra vida. Pero si no tenemos suficiente poder personal, se nos puede revelar la sabiduría más grande y esa revelación nos importaría un ajo.

Luego bajó la voz como si me estuviera revelando un asunto confidencial.

—Voy a decirte algo que a lo mejor es la mayor sabiduría a la que uno puede dar voz —dijo—. A ver qué haces con ella.

—¿Sabes que en este mismo instante estás rodeado por la eternidad? ¿Y sabes que puedes usar esa eternidad, si así lo deseas?

Tras una larga pausa, durante la cual un sutil movimiento de sus ojos me instaba a rendir alguna formulación, dije no entender de qué hablaba.

—¡Allí! ¡La eternidad está allí! —dijo, señalando el horizonte.

Luego apuntó hacia el cenit.

—O allí, o quizá podamos decir que la eternidad es así.

Extendió los brazos para señalar al este y al oeste.

Nos miramos. Sus ojos contenían una pregunta.

—¿Y qué me dices de esto? —inquirió, animándome a meditar sus palabras.

No supe qué responder.

—¿Sabes que puedes extenderte hasta el infinito en cualquiera de las direcciones que he señalado? —prosiguió—. ¿Sabes que un momento puede ser la eternidad? Esto no es una adivinanza; es un hecho, pero sólo si te montas en ese momento y lo usas para llevar la totalidad de ti mismo hasta el infinito, en cualquier dirección.

Se me quedó mirando.

—Antes no tenías este conocimiento —dijo, sonriendo—. Ahora es tuyo. Te lo he dado, y sin embargo no importa nada, porque no tienes suficiente poder personal para utilizar mi revelación. Pero si lo tuvieras, sólo mis palabras serían el medio para que acorralaras toda tu totalidad, y sacarás la parte que manda, de estos límites que la contienen.

Vino a mi lado y me tocó el pecho con los dedos; fue un golpe muy ligero.

—Estos son los límites de los que hablo —dije Uno puede salir de ellos. Somos un sentimiento, un darse cuenta encajonado aquí.

Me palmeó los hombros con las manos. Mi cuaderno y mi lápiz cayeron por tierra. Don Juan puso el pie sobre el cuaderno y me miró con fijeza; luego rió.

Le pregunté si lo molestaba tomando notas. Dijo que no, en tono confortante, y apartó el pie.

—Somos seres luminosos —dijo, meneando rítmicamente la cabeza—. Y para un ser luminoso lo único que importa es el poder personal. Pero si me preguntas qué cosa es el

poder personal, debo decirte que mi explicación no lo explicaré.

Don Juan miró el horizonte occidental y dijo que todavía quedaban unas horas de luz diurna.

—Tenemos que estarnos aquí mucho rato —explicó—. Así pues; o nos sentarnos en silencio o hablamos. Para ti no es natural estar callado, de modo que sigamos hablando. Este lugar es un sitio de poder y debe acostumbrarse a nosotros antes de que caiga la noche. Debes quedarte sentado, lo más natural que puedas, sin miedo y sin impaciencia. Parece que es más fácil para ti estar tranquilo cuando escribes, así que escribe cuanto se te dé la gana.

—Y ahora, a ver si me cuentas de tu soñar.

La súbita transición me tomó desprevenido. Don Juan repitió su petición. Había mucho que decir al respecto. «Soñar» implicaba el cultivo de un poder peculiar sobre los propios sueños, hasta el punto en que las experiencias habidas en ellos y las vividas en las horas de vigilia adquirían la misma valencia pragmática. Los brujos alegaban que, bajo el impacto del «soñar», los criterios ordinarios para diferenciar entre sueño y realidad se hacían inoperantes.

La praxis del «solar» era, para don Juan, un ejercicio que consistía en hallar las propias manos durante un sueño. En otras palabras, uno debía soñar deliberadamente que buscaba y hallaba sus manos en un sueño que consistía en soñar que uno alzaba las manos al nivel de los ojos.

Después de años de intentos infructuosos, yo había logrado finalmente la tarea. Considerando retrospectivamente, se me evidenció que sólo pude alcanzar el éxito tras haber obtenido cierto grado de dominio sobre el mundo de mi vida cotidiana.

Don Juan quiso saber los puntos salientes. Empecé a contarle que la dificultad de estructurar la orden de mirarme las manos parecía ser, muy a menudo, insuperable. Él me había advertido que la primera etapa de la faceta preparatoria, lo que él llamaba «armar los sueños», consistía en

un juego mortal que la mente jugaba consigo misma, y que cierta parte de mi ser iba a hacer todo lo posible por impedir el cumplimiento de mi tarea. Eso podía incluir, dijo don Juan, el arrojarme a una pérdida de significado, a la melancolía, o incluso a una depresión suicida. Sin embargo, no llegué tan lejos. Mi experiencia se quedó más bien en el lado ligero, cómico; no obstante, la frustración era igual. Cada vez que, en un sueño, estaba a punto de mirarme las manos, algo extraordinario sucedía; echaba yo a volar, o el sueño se volvía pesadilla, o simplemente se transformaba en una placentera experiencia de excitación corporal; todo lo contenido en el sueño se extendía mucho más allá de lo «normal» en lo referente a vividez y, por ello, resultaba absorbente en extremo. La intención original de observar mis manos siempre se olvidaba a la luz de la nueva situación.

Una noche, inesperadamente, hallé mis manos en sueños. Soñaba recorrer una calle desconocida en una ciudad extranjera y de pronto alcé las manos y las puse frente a mi rostro. Fue como si algo en mí cediera para permitirme observar el dorso de mis manos.

Las instrucciones de don Juan estipulaban que, apenas la percepción de mis manos empezara a disolverse o transformarse, yo debía trasladar la mirada a cualquier otro elemento en el ámbito del sueño. En aquella ocasión particular, la trasladé a un edificio en el extremo de la calle. Cuando la apariencia del edificio empezó a disiparse, presté atención a otros elementos ambientales. El resultado final fue la imagen increíblemente clara, de una calle desierta en alguna ciudad extranjera.

Don Juan me hizo contar otras experiencias en el «soñar». Hablamos largo rato.

Al acabar mi reporte, él se levantó y fue al matorral. Me incorporé también. Estaba nervioso. Era una sensación injustificada, pues nada había que invocara miedo o cuidado. Don Juan no tardó en volver. Advirtió mi agitación.

—Sosiégate —dijo, mientras asía con suavidad mi brazo.

Me hizo tomar asiento y me puso el cuaderno en el regazo. Me animó a escribir. Argumentaba que yo no debía inquietar el sitio de poder con innecesarios sentimientos de miedo o vacilación.

—¿Por qué me pongo tan nervioso? —pregunté.

—Es natural —dijo—. Algo en ti se ve amenazado por tus quehaceres en el soñar. Mientras no pensabas en ellos, anduviste bien. Pero ahora que me revelaste tus acciones estás a punto de desmayarte:

—Cada guerrero tiene su propio modo de soñar. Todos son distintos. Lo único que tenemos en común es que algo en nosotros tiende trampas para obligarnos a abandonar la empresa. El remedio es persistir a pesar de todas las barreras y desilusiones.

Luego me preguntó si era yo capaz de elegir temas para «soñar». Dije no tener la menor idea de cómo hacerlo.

—La explicación de los brujos acerca de cómo escoger un tema para soñar —dijo él— es que el guerrero escoge el tema manteniendo a fuerza una imagen en la mente mientras para su diálogo interior. En otras palabras, si es capaz de no hablar consigo mismo por un momento, y luego evoca la imagen o el pensamiento de lo que quiere soñar, aunque sólo sea por un instante, lo deseado vendrá a él. Estoy seguro de que esto es lo que has hecho, aunque sin darte cuenta.

Hubo una larga pausa y después don Juan empezó a husmear el aire. Parecía limpiarse la nariz; exhaló por ella tres o cuatro veces, con gran fuerza. Los músculos de su abdomen se contraían en espasmos que él controlaba aspirando breves bocanadas de aire.

—Ya no vamos a hablar más de soñar —dijo—. Podrías obsesionarte. Para lograr éxito en cualquier empresa se debe ir muy despacio, con mucho esfuerzo pero sin tensión ni obsesiones.